

## Coleccion e usted

LA ORIGINAL PUBLICACION SEMANAL DE  
BIOGRAFIAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

### LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene numerosos datos y fotografias de los  
mas celebres artistas cinematograficos de ambos  
sexos :- Regalo de una estu-penda postal  
Lujosas portadas a varios colores

#### Relacion de los numeros publicados:

- N.º 1 Biografia y postal de Alice Terry  
» 2 » » » Rodolfo Valentino  
» 3 » » » Lilian Gish  
» 4 » » » Antonio Moreno  
» 5 » » » Gloria Swanson  
» 6 » » » Tom Mix  
» 7 » » » Viola Dana  
» 8 » » » Milton Sills

PRECIO DE CADA NUMERO: 35 CTS.  
DE VENTA EN TODAS PARTES.

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones  
la tenemos cedida a la **Sociedad General  
Española de Librería, Diarios, Re-  
vistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA.—Ferraz, 21, MADRID,  
y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER M<sup>CH</sup>ERA.—TOPETE. 16.—TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 171

50 cts.



UNA PAGINA  
EN BLANCO

POR  
FAY COMPTON,  
JACK BUCHANAN, ETC.

NUMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 171

## UNA PÁGINA EN BLANCO

Superproducción dramática, de inmejorable  
asunto, interpretada por la genial artista

FAY COMPTON

y el gran actor

JACK BUCHANAN

EXCLUSIVA ESPECIAL DE

L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 65. - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
HUGUETTE DUFLOS

---

# UNA PÁGINA EN BLANCO

---

Argumento de la película de dicho título

---

Cantaba el verano su canción de luz, de aroma, de vida, sobre el valle de Berkshire, uno de los parajes más risueños de Inglaterra.

Las aguas del Támesis, que a su paso por Londres se contagiaron de la fiebre de la ciudad, se volvían cantarinas y alegres al deslizarse ante la posesión de Abbot's Hill, propiedad de los señores de Craddock.

En las primeras horas de una luminosa mañana, Daniel Craddock, el miembro más importante de la familia, pues sería el continuador de las tradiciones de la casa, y su amigo íntimo, León Bagby, que había compartido con

Daniel los "trágicos" días de Universidad y compartía a la sazón en su casa los más agradables del dulce veraneo, se encontraron en el parque de la casa dispuestos a tomar un baño en el límpido río.

León, muchacho muy simpático y de inal-



*León, muchacho muy simpático y de inalterable buen humor, gustaba exageradamente de zambullirse en el agua.*

terable buen humor, gustaba exageradamente de zambullirse en el agua, y, así, permanecía en ella varias horas, haciendo ejercicios de natación o divirtiéndose cabalgando en un caballo acuático insumergible.

Daniel liaba, antes de arrojarse al agua, un par de cigarrillos, entreteniéndose, entre bocanada y bocanada, observando los menores gestos de su íntimo, o bien hablando con él desde la orilla.

Ese día, Margarita Craddock, la hermana de Daniel, una muchacha muy moderna, muy enamorada de todas esas tonterías que hacen deliciosas y a un mismo tiempo insoportables a las mujeres *chic*... y un poco menos de León Bagby, su impenitente adorador, fué al encuentro de su hermano, le halló al borde del río, y, después de correponder con cierto desdén al saludo de su pretendiente, le dijo:

—Ante todo, que los cumplas muy felices, querido Daniel.

La bella joven posó una de sus manos en el hombro de su hermano, pero éste se la quitó al momento, respondiéndole muy serio:

—Muchas gracias, Margarita... Y procura respetarme en adelante, porque un hombre de veintidós años me parece a mí que no es un chiquillo.

—No hay para tanto, caballerito. Los años no hacen al hombre..., sino el hombre mismo.

—Filosofía, no, excelentísima señora.

León, siempre dispuesto a causar alegría a Margarita, agarró un pie de Daniel, y, a la fuerza, éste cayó de cabeza en el agua.

La joven se alejó de los dos amigos, volviendo a la casa, donde encontró con Sir Enrique Fenwick, tío de su madre, la dueña de

la mansión, el cual había llegado hacía dos días, después de haber permanecido en la India más de veinte años.

—¿No te bañas tú hoy, Margarita?

—Más tarde, tío. Prefiero hacerlo cuando ese León esconda la melena. Es tan insoponible en el agua como en tierra.

—Buen muchacho sí que lo es, y a ti te place que lo sea... aunque sólo sea porque es amigo de tu hermano. A mí me estuvo dando ayer noche muy sensatos consejos acerca del gobierno de una provincia india...

—Es un muchacho de mucho talento, lo reconozco... y salta a la vista. Irá lejos, si no da algún mal tropezón por el camino.

—Soy de la misma opinión. Oye: ¿es tu prometido?

—Según como se mire... Algo hay...

—Pues donde hay fuego...

—Yo, por ahora, no ardo, tío...

En aquel momento oyóse el ruido de la caída de un cuerpo al suelo, y las correspondientes lamentaciones de la "víctima".

Sir Fenwick miró hacia la parte de donde procedía el ruido, y vió en tierra, lloriqueando, a Eulalia Craddock, la más joven de los tres hermanos. Estaba en la edad de los sueños de color de rosa, y su única ambición era arrojar a un rincón los libros de texto para escribir, con la mano temblona, la primera cartita de amor.

Margarita no se apresuró ni mucho menos

como su tío a dar una mano a Eulalia para levantarse del frío asiento.

—Gracias, tío—dijo la pequeña cuando Sir Fenwick la hubo ayudado a ponerse en pie, olvidándose al momento del golpe que había recibido al caer, y sonriéndole echándosele al cuello.

—¡A quién se le ocurre, hijita, emplear la escalera como *toboggan!*

—Es que de esa manera se baja más de prisa.

—Pero, al llegar al final, ¡catapún!, como ahora acabo de verlo.

—Eso no es nada. Si me quejé fué para que tú vinieses a "salvarme".

—¡Ah! Picarona...

—A mí me gusta que me mimen, tío... y me da mucha rabia, siendo tú tan bueno como yo sé que eres, que me tenga que marchar hoy mismo cuando apenas nos conocemos, para volver al colegio. ¡Ay! Las vacaciones pasan pronto. ¡Qué lástima!

—Yo también lamento tu partida, chiquilla; pero estoy seguro que en el pensionado estarás más en tu ambiente que aquí, porque no dudo que tienes en él buenas amiguitas...

—Sí, claro..., pero cada vez que me separo de esta casa, me invade una pena tan grande... que me paso, mientras me alejo, horas llorando.

—Vamos, Eulalia. Hablas como una mujer. Tu corazón es tan lindo como tu perso-

na... y creo que tu cerebro no deja de reconocer que estas separaciones de los tuyos son necesarias para que te instruyas y puedas alternar en el mundo con esa atrayente naturalidad que proporciona el conocimiento de las cosas de la vida, todo lo cual se aprende en el estudio, para practicarlos luego.

Las horas seguían su curso en la tranquila casa; desayunáronse algunos de sus habitantes, abandonaron los bañistas el límpido río, retiróse Daniel a su habitación para ponerse presentable, y allí fué su madre, Marta Craddock, a darle los buenos días.

Desde que perdió a su marido, hacía diez y siete años, Marta sólo había vivido para inculcar en sus hijos el culto a la memoria del padre muerto, convirtiendo su recuerdo en un ídolo que en la casa se adoraba constantemente.

—Daniel, hijo mío, ¿por qué has dejado encima de esta silla tu traje de baño, que chorrea por todos lados, mojando el suelo desastrosamente? Dámelo, hombre, que lo ponga en un rincón con la otra ropa, o déjalo en el cuarto de la ducha.

—Sí, mamá; perdona... No me había dado cuenta.

—Me lo figuro, Daniel. Y, ahora que estás vestido, abrázame. Has entrado en tu mayor edad... Bien sabe Dios que he procurado por todos los medios hacer de ti un hombre bueno, como lo fué tu padre.

—Si, mamá, y mi agradecimiento será eterno.

—Yo no necesito eso para ser dichosa. Vuestra felicidad y vuestro cariño son para mí la vida misma. No podéis figuraros la alegría que voy experimentando a medida que os vais convirtiendo, en hombre tú, y en mujeres tus hermanas. ¡Qué mayor orgullo puede haber que sea comparable al de una madre que ve crecer con pod. rosa y sana savia a sus hijos!

—¡Qué buena eres, mamá!

—Muchas veces has oído de mis labios la historia de la muerte gloriosa de tu padre, ¿verdad?—prosiguió Marta—. Pues bien, hoy, día tan señalado para ti, quiero que me permitas que te la cuente de nuevo...

—Mamá, si ello, como siempre, ha de causarte dolor..

—No, Daniel; al contrario... Es un alivio para mi alma.. Tu padre no habrá sacrificado su vida en vano si sus hijos consiguen parecersele.

Entretanto, en el comedor, Eulalia, que acababa de tomarse el desayuno con su tío y Margarita, solicitó del primero el favor de escribir su nombre en un álbum, el cual fué a buscar a su habitación, a tal efecto.

—No sabe usted el honor que le espera, tío. ¡Va usted a figurar en el álbum de autógrafos de mi hermana! Es una manía la de esa muchacha el recoger firmas de los familiares, así como de los amigos de la casa.

Sir Fenwick se prestó gustoso a complacer

a su sobrinita, pero al ir a firmar en una página donde no había nada escrito, Eulalia le detuvo la mano, diciéndole muy respetuosamente:

—No, en esa página no, tío... Es... Bueno, es una página que yo quiero dejar en blanco.

Sir Fenwick miró con extrañeza a Margarita, como preguntándole si eso era otra manía de su hermana, y firmó en otro sitio.

Al quedar a solas los dos primeros, el tío dijo a Margarita, a la par que Eulalia, satisfecha de haber conseguido otra firma para su álbum, se reunía con su madre, en quien adoraba, y con Daniel, en la habitación de éste:

—¿No sabes tú qué secreto encierra esa página, en blanco del libro de Eulalia?

—Sí, tío... La pobre cree que papá escribió allí su nombre con caracteres que sólo ella puede ver... ¡Es tan grande el culto que siente por su memoria!...

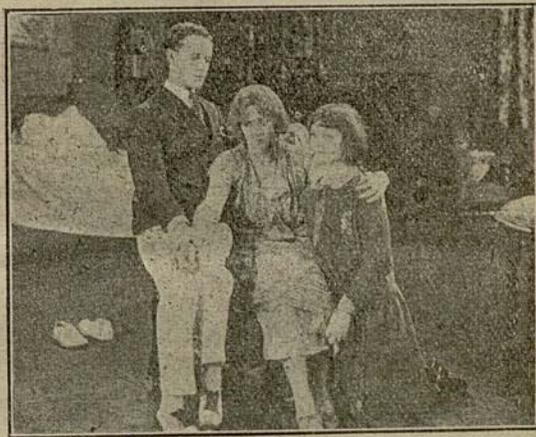
—¡Qué interesante es esa chiquilla! ¡Qué alma tan pura tiene!... Me hubiera gustado mucho conocer a vuestro padre. Debía ser un hombre bueno, valiente y leal.

—Sí, tío. Así nos lo ha reflejado siempre mamá.

En efecto, así era como Marta representaba a su e poso a sus hijos.

—Volvíamos de Africa—relataba en aquel instante a Daniel y a Eulalia, que la escuchaban con unción, cual si hablase una santa—, después de la guerra del Transvaal... Tú

y Margarita erais muy niños todavía y Eulalia aun no había nacido. Tu padre estaba a bordo con sus soldados, que volvían a Inglaterra para ser licenciados. A la altura de Tenerife, nuestro barco sufrió un choque formidable. Hiriéronse varios pasajeros. Durante



—...Después, nada. Había salvado a la niña, pero sacrificando su vida.

el salvamento, una niña cayó al mar, y hubiese muerto sin remedio, si vuestro padre, sin vacilar, no se arrojase al agua. Fué un momento terrible... Cuando papá había depositado la niña en una lancha, otra lancha se

le echó encima... Por un instante vimos su cara ensangrentada... Después, nada. Había salvado a la niña, pero sacrificando su vida.

Eulalia, emocionada por la repetición del relato, se resistió a llorar, orgullosa de haber tenido un padre tan noble.

Daniel tampoco lloraba, pero su alma estaba llena de pena, tanto más cuanto que comprendía que el corazón de su madre sangraba sin cesar.

De súbito, la bocina de un *auto* despertó a la realidad aplastante a Eulalia: era el coche para conducirla al colegio.

La despedida fué sentimental, como se supone. Muchos abrazos, lagrimitas, buenos consejos, alguna que otra frase de aliento con alguna que otra palabra chistosa.

Poco después, cuando ya no se oía en la casa la cantarina voz de Eulalia, Margarita y León se encontraban solos en el comedor, disponiéndose el segundo a cortarse de un pollo frío que había encima del trinchante, una pata... o dos... preguntándole en aquel instante Margarita lo siguiente:

—¿Por qué me pidió usted relaciones ayer, León?

Esa pregunta tenía su fundamento. León había llegado al comedor cuando Margarita fumaba tranquilamente un pitillo haciendo gala de su finura. El joven, que era enemigo de la elegancia extremada que pocas veces suele resultar simpática, cometió la ligereza de

colocar debajo de la mano de la fumadora un cenicero, sosteniéndolo él mismo sobre el vacío, dándole a entender con tal gesto que su arte en consumir tabaco perfumado estaba en contradicción con la limpieza, pues la ceniza caía en la alfombra.

Margarita, cuyo carácter moderno le permitía tener ciertas ideas como la de estar vencida de que un enamorado debe tolerárselo todo al objeto de sus ansias, incluso el mando de la casa, se ofendió, extrañándole que un hombre con tan pocas consideraciones para ella pretendiese amarla.

León, lelo por Margarita, pero no tonto precisamente, sabía que ella le quería a pesar de su vanidad, y cada vez que surgía un choque entre los dos, se daba ánimo a sí mismo para aguantar el tipo, como se suele decir.

De modo que no se quedó corto, aquella mañana, en replicarle:

—Fué una precipitación excesiva de mi lengua. Mis órganos corporales casi nunca están de acuerdo con mis pensamientos.

Sin embargo, el enojo que había causado a Margarita repercutió en sus nervios, y así que intentó desuartizar el pollo, éste se vino al suelo a impulso de un torpe gesto.

Margarita, irónica, recogió la ocasión para objetar a su pretendiente:

—Al parecer, tampoco sus manos están de acuerdo con su pensamiento, ¿verdad?

—La ha tomado usted hoy conmigo, Mar-

garita, y le aseguro que yo tampoco estoy de muy buen humor.

—Eso no le impedirá reconocer su torpeza y devolver el pollo al plato.



—Eso no le impedirá reconocer su torpeza y devolver el pollo al plato.

—Ante tan incontestables razones, debo inclinarme, señora... a obedecer sus órdenes. ¡Pues no es usted poca cosa!

\*  
\*\*

Sir Fenwick había estado hablando un momento con Marta, dedicándole elogios por la buena disposición de la regia casa, y por lo bien criados que tenía a sus hijos, y terminó diciéndole, paseándose por el interior:

—¡Qué felicidad para ti, Marta, verte rodeada de unos hijos tan simpáticos!

No bien hubieron sido pronunciadas tan agradables palabras, el tío y Marta se detuvieron repentinamente, asombrados.

No había para menos: Daniel, después de varias tentativas infructuosas, lograba dar un beso en los labios a la gentil doncella Rosina, muchacha en la primavera de la vida.

Al verse descubierta, la sirvienta desapareció avergonzada hacia su cuarto, y Daniel, resistiéndose a arrepentirse, pues ya era un hombre y tenía derecho a las aventurillas, esperó el sermón que iba a hacerle su madre.

Marta se aproximó a su hijo, y contrayendo su rostro para darle un aire de severidad, le reprochó su conducta:

—Ahora me obligas a poner en la calle a

Rosina, a pesar de saber que es una muchacha excelente.

—Estas cosas, mamá, no tienen importancia...

Sir Fenwick intervino, conciliador, y Marta, sumisa, miró en los ojos a su hijo, y continuó el sermón:

—Daniel, reflexiona un poco... ¿Crees que está bien lo que acabas de hacer?

—¡Oh, mamá, si tú supieses lo difícil que es resistir a la tentación!

—¿Crees que él hubiera hecho algo parecido?... Ya sabes de quien quiero hablarte.

El recuerdo del idolatrado padre rechazó del espíritu de Daniel sus ideas de libertad, y oyósele decir:

—Comprendo que he obrado mal, mamá, y te prometo no reincidir... No despidas a Rosina, que ella no ha tenido la menor culpa.

—Así, hijo mío, te quiero yo. Así te parecen a él. La nobleza fué su lema hasta la muerte.

—Bien, muchacho—añadió, por su parte, el tío—. Las debilidades hay que vencerlas con el corazón. ¿No te dice ahora el tuyo el bien que acabas de hacer a tu madre demostrándote que eres sensato?

En aquellos momentos se presentaba en la casa un visitante inesperado. Era la personificación del ídolo que Marta había levantado; de aquel ídolo que sus hijos creían de oro y que ella sabía que era de barro.

La segunda doncella le recibió, requebrándola sin miramiento alguno el desconocido.

—Rubia y graciosa... ¡Irresistible!

La muchacha toleró la broma tomando sus



—Bien, muchacho. Las debilidades hay que vencerlas con el corazón.

precauciones para evitar libertades, y le pidió el nombre al visitante, para anunciarlo a la señora.

—Dile que ha llegado el capitán Conway—  
respondió aquél.

Marta no pudo reprimir un movimiento de  
temor al oír ese nombre, bajo el cual podía



*Era la personificación del ídolo que Marta  
había levantado...*

ocultarse el hombre que para ella había des-  
aparecido para siempre del mundo, y pronto  
se afirmó en sus espantosas dudas: era él. ¡Qué  
osadía!

El capitán, al verla, saludóla con una re-  
verencia, y dijo, tranquilamente, con cínico  
aplomo, como si en lugar de diez y siete años  
sólo hiciera unos días que no se habían visto:

—El oprobio de la familia ha vuelto, que-  
rida Marta.

—Lo estoy viendo... y no lo puedo creer...  
Yo vivía en la confianza de que habías muer-  
to... de que nunca más te volvería a ver...

—Me lo figuro... Pero, ya lo ves, vivo aún,  
y me siento fuerte como un roble... No he po-  
dido olvidarte definitivamente.

—¡Jamás creí que te atreverías a tanto!  
¿Dónde has estado? ¿De dónde vienes?

—Vengo de recorrer el mundo de punta a  
cabo... para nada..., pues estoy arruinado. No  
me mires con esa cara de espanto. Soy yo,  
mujer... Ya me conoces..

—No levantes la voz, por favor. Todos de-  
ben ignorar tu presencia en esta casa.

—¿Por qué he de negarme a mis hijos?

—De ellos ya hablaremos luego. Dime, aho-  
ra: ¿y la mujer que estaba contigo en la lan-  
cha en el momento del hundimiento?

—A decirte verdad, fué ella quien me rap-  
tó. La catástrofe fué provocada por ella, que  
pagó espléndidamente a los marineros... Pero  
puedes estar tranquila. Hace quince años que  
la dejé... cuando se le acabó el último billete.

—¡Qué vergüenza, Dios mío!

—Tú, que siempre has sido razonable, lo  
comprendes todo... y sabrás disculpar mi li-

gereza de entonces.. Ahora, Daniel Craddock, llamado actualmente Roberto Conway, está a tu entera disposición... Lo único que desea es tu amor... No sabes cuánto me ha costado dar este paso... Es el cariño que aun te tengo, el afecto hacia mis hijos, lo que me ha hecho decidir a volver a vuestro lado. Necesito tu amor, Marta...

—¿Amor?... ¿Puede dársele amor al oficial que abandonó a sus soldados en el momento del peligro?

—¿Quién piensa ya en eso? Los soldados eran buenos nadadores y nada malo podía sucederles... En cuanto al resto del pasaje, todos estaban a salvo, sobre todo las mujeres y los niños.

—¿Qué infamia cometiste! ¡Hace diez y siete años que andas por el mundo, viviendo de la mentira, de la estafa... del robo, tal vez!

—Tú conoces mi manera especial de mirar la vida, Marta:, el que no anda de prisa, se queda atrás...

—No debes felicitarte del resultado de tu máxima, que sólo te ha arrastrado a la miseria moral y material en que ahora te encuentras.

—Hablemos seriamente. Tú sigues poseyendo, sin duda, la bonita fortuna que en otro tiempo, según tu opinión, me impulsó al matrimonio. Pues... Permíteme que me llene este vaso, para refrescarme el paladar a fin de

poder hablarte con más claridad... ¡Buen licor, Marta!.. No podía ser de otro modo...

El indigno esposo tumbóse en un canapé, y entre sorbo y sorbo, prosiguió, lacerando el alma de Marta:

—El padre pródigo ha vuelto. Como en la



—*El padre pródigo ha vuelto. Como en la Biblia, debes matar inmediatamente la ternera más grande de tu establo.*

Biblia, debes matar inmediatamente la ternera más gorda de tu establo.

—¡Basta! ¡Tú no puedes seguir aquí!

—¡Cómo que no! Aquí estoy y aquí me quedo. Puedes contar una historia romántica...

Un marido, víctima de un naufragio, perdió la memoria, y, al cabo de quince años, la vuelve a encontrar junto con su adorada mujercita...

—¡Cómo es posible que seas tan malo, Daniel! ¡Vete y no vuelvas!... ¡Yo he criado a mis hijos en la idea de que su padre era un hombre de honor!

—Dispensa. Tus hijos lo son míos también. Adivino que Margarita suspirará por algún oficial de uniforme brillante y escuálidos bolsillos... Exactamente igual que su mamá.

—Margarita no es tan fonta como lo fui yo... ¡Si hace veintidós años hubiese yo tenido, como ella tiene ahora, una persona a mi lado que me aconsejase!...

—Bien, pero nuestro hijo no tiene más remedio que parecerseme... De tal palo, tal astilla.

—¡Dios no permita semejante cosa! Daniel es un poco ligero, pero no es vicioso. Poniéndole a todas horas el ejemplo de *tu* honor, he conseguido sostenerle contra su debilidad.

—No está mal...

—Si él supiese lo que es su padre, toda mi obra se perdería en un instante... ¡Con todas mis fuerzas, con todo mi corazón, lo defenderé contra ti!

—Ahora es a ti misma a quien debes decir que no levante la voz. Escucha. Todo tiene arreglo en este mundo. Puesto que tanta vergüenza tienes de mí, haz una cosa. Preséntame

me como el capitán Conway, un antiguo amigo de tu marido.

—¡No! Yo quiero que te vayas... que desaparezcas como hasta ahora.

—¿Que me mate a mí mismo? Eso no puedo yo hacerlo. En otras ocasiones podía ha-



—*Preséntame como el capitán Conway, un antiguo amigo de tu marido.*

berme suicidado de verdad, y no tuve valor para ello. Figúrate el que tendría yo ahora, después de encontrarte a ti... Mira... He aquí lo que voy a hacer para que todos podamos ser dichosos. Yo alquilaré una casita no lejos de aquí..., pagando tú, naturalmente, el al-

quiler. Te aseguro que puedes contar con mi discreción.

—Te repito que me niego a todos los arreglos que te permitas sugerirme. No quiero que...

Marta no pudo seguir. La puerta del salón se abrió para dar paso a Daniel, hijo, y su tío. Después llegó Margarita. La situación era comprometida. Marta se veía obligada a presentar al padre de sus hijos bajo un nombre cualquiera, y hubo de acogerse al que usaba a la sazón.

—El capitán Roberto Conway, un antiguo amigo de papá.

Daniel estrechó la mano del supuesto camarada de su padre, y el capitán, fijándose minuciosamente en su propio hijo, reparó en que tenía algunos detalles innegablemente suyos, y no pudo evitar el decírselo:

—Me recuerda usted mucho a su padre... sobre todo, en ciertos movimientos.

Marta pasaba por el mayor tormento de su vida, comparando la semejanza que existía entre el padre y el hijo, y la absoluta exactitud que había en algún gesto, en particular uno que consistía en acariciarse el mentón, arreglarse el nudo de la corbata, y dejar caer luego la mano sobre la americana hasta el bolsillo del pantalón.

El capitán se sonreía considerando la partida ganada.

Como su silencio en aquella ocasión podía

ser perjudicial, Marta impúsose a su dolor, y trató como amigo a su esposo, diciéndole finalmente:

—Pasará usted el día con nosotros, capitán Conway.

A lo cual el reaparecido no opuso el menor reparo; aprovechando el tiempo para simpatizar sobremanera con Daniel, su hijo, y admirar la hermosura de Margarita, de quien se sentía íntimamente orgulloso.

\*  
\*\*

De un chalet vecino había sido retirado hacía algún tiempo el cartelito "Se alquila", y era el nuevo inquilino el seudo capitán Conway, que se pasaba la vida lo más agradablemente posible.

Marta se trasladó, cierta mañana, de su casa a la de su marido, en una lancha a través del río, para pedirle una explicación acerca de unas facturas que había recibido correspondientes a géneros que ella no había comprado.

—¿Por qué me has hecho mandar estos papeles a mi casa?

—No tengo dinero, Marta; ya te lo dije... y por eso me vi obligado a mandarte las facturas de mis adquisiciones... Si no quieres molestarte en ir a cancelarlas, dame un cheque y yo lo pagaré todo religiosamente.

—Esto es demasiado, Daniel, y no lo puedo tolerar. Siento que mi bondad se resiente de consentir en ciertas anormalidades, y...

—Haz bien, y no mires a quién... Quedamos, pues, que iré a verte esta tarde a tu casa, para pedirte una taza de te... y el cheque, ¿no?

Marta, sin disimular su enojo, salió del chalet de su marido, encontrándose a la orilla del río con una dama con ribetes masculinos, la señorita Escolástica Melking, que, para sobrellevar las penalidades de su forzosa soltería, se había hecho presidenta de la "Obra para la educación científica de la infancia", además de serlo ya de la "Asociación contra la influencia nefasta del tango en ciertas familias".

Esa señorita conocía a Marta, y como quiera que no era la primera vez que la veía con el capitán Conway, le dijo, a solas:

—La verdad es, querida Marta, que usted y el capitán Conway se ven con demasiada frecuencia... Dé usted gracias a que por aquí no hay malas lenguas, que si no..

—Donde no hay mal, no puede haber murmuración, amiga mía.

—Muy lógico. No obstante, se inventan tantas cosas...

—Lo que puedan, ahora o más tarde, decir los demás, no me preocupa. A quien interesan mis acciones es a mí misma.

—Le sobra la razón.

Marchóse Marta con la conciencia muy despejada, y en tanto la señorita Escolástica "atracaba" al capitán, que le era muy simpático y con el que se casaría con los ojos vendados.

—Vengo a pedirle que colabore con nosotros en la educación científica de la infancia. La señora Craddock nos cede sus salones para nuestra primera reunión que ha de celebrarse en breve.

—Tengo tantas ocupaciones, señorita...

—¡Oh, capitán! ¿Qué hombre podrá negarse a una petición del bello sexo?

Conway contuvo la risa que la énfasis de la solterona le provocaba, y como era un linde en cuestiones amorosas, no dejó de ver que la vieja se pirraba por su tipo, y vió en la aventura su parte de negocio.

Así, pues, se hizo poner al corriente minuciosamente de lo que era la "Obra", de los fondos que había en caja... y acabó por aceptar un cargo de responsabilidad...

Marta, de regreso en su casa, se cruzó con su hija y su tío, que se disponían a dar un paseo por el río, y la primera, notando la palidez de su madre, le dijo:

—Parece que estás cansada, mamá. ¿Por qué no descansas un poco en mi canoa?

—No puedo, Margarita. El capitán Conway va a venir a tomar el te dentro de un momento.

El tío de Marta sintió malestar al oír el nombre de ese vecino, y Margarita, que no hacía buenas migas con él, por no haberle sido nunca simpático, soltó esta exclamación delante de su pariente:

—¡Siempre ese hombre metido en la casa!

Sir Fenwick, para no dar pie a la muchacha a comentar con él la frecuencia con que el capitán visitaba a Marta, desvió la conversación hacia otro tema menos complicado.

Antes de entrar en la casa, Marta vio también a Daniel, en compañía de León, y supo, con infinito pesar, que se dirigía al chalet de su ignorado padre, cuyo carácter le encantaba, pues era muy campechano con él.

Y la buena madre elevó sus súplicas al cielo para que Daniel no se contagiara de la malidad de su padre.

Un buen día, de vuelta Conway de un paseo por el río, se convenció rotundamente de que el mundo es un pañuelo, pues donde y cuando menos esperaba encontrarle, reconoció cerca de su chalet a un antiguo compañero suyo, acompañado de tres mujeres, a las que dejó pasar adelante, para hablar a solas con el hombre, que se había entretenido atando los cabos de una lancha.

—¿Tú aquí presumiendo de persona decente, amigo Moon? Yo te hacía en la cárcel...

El amigo quedó aterrado y no pudo articular ni la más insignificante palabra.

—...Por lo visto—prosiguió Conway—, la Policía no se enteró de la parte que tomaste en



—Por lo vis'io, la Policía no se enteró de la parte que tomaste en el robo del club de Jermyn Street.

el robo del club de Jermyn Street.

—Por favor...—balbució el culpable.

—No tengas miedo, hombre. ¡Pues no estás temblando, bobo! Por ahora no pienso denunciarte.

—¡Qué susto acabo de pasar!

—Entre listos anda el juego, Moon. Quien más, quien menos, todos tenemos nuestros puntos negros...

—Es lo que yo digo; por la vida se pierde la vida.

—¿Estás de veraneo por aquí? Es casual. ¿Y quiénes son esas, con las que te vi hablar?

—Son mi mujer y mis dos sobrinas... Ahora soy un respetable contador en las carreras de caballos.

—Yo vivo cerca de aquí... en ese chalet de enfrente... Te invito a tomar unas copitas... Tráelas a mi casa. Tengo necesidad de hablar contigo.

Moon presentó las tres mujeres a su amigo Conway, gustándole a éste las dos jovencitas, las cuales se echaba de ver que sabían para qué sirven un par de ojos y una boquita bien puestos...

Con ellas, Conway se las prometía muy felices...

No tardó en celebrarse en la posesión de Abbot's Hill la Junta de la "Obra para la educación científica de la infancia", presidida por la señorita Escolástica, sentándose a derecha e izquierda de ella, un caritativo caballero y Conway.

Dicho caballero, el secretario de la "Obra", pronunció un discurso ensalzando los fines de la misma, rematándolo así:

—Para terminar, señores, felicitémonos de tener como tesorero a un militar tan valiente y pundonoroso como el capitán Conway.

Marta se mordió los labios, sufriendo lo indecible en el íntimo convencimiento de que su marido tenía en proyecto algún plan para sacar provecho del cargo que había sabido lograr en la "Obra".

Dueño de sí mismo, metiéndose a toda la concurrencia en el bolsillo con su frescura, Conway se levantó, para corresponder a los elogios de que acababa de ser objeto, y también hizo propaganda para la "Obra".

—...Sí, queridos amigos, cuando los fines de la "Obra" sean conocidos hasta en el último rincón del mundo, el nombre poético de la

señorita Escolástica Melking correrá de boca en boca...

La solterona se derretía de gusto, comiéndose con tremebundas miradas al orador.

—Las donaciones—prosiguió éste—se elevan a la cifra de ciento setenta libras esterlinas, cuya cantidad propongo ingresar en mi cuenta corriente del Banco. Yo reembolsaré a la "Obra" con un cheque de doscientas libras.

El auditorio, siguiendo el ejemplo de la señorita presidenta, aplaudió la generosidad de Conway, que hizo varias reverencias demostrando su gratitud a tanta simpatía.

—Sin embargo—continuó el tesorero—, como podría interpretarse torcidamente el aceptar cheques de una persona casi desconocida como soy yo, ruego a la señora Craddock se sirva pagar esa cantidad, a cambio del cheque que yo le entregaré.

Marta hubiera protestado con toda su energía de la estafa que le quería hacer Conway, pero, de nuevo, tuvo que callar y fingir mucha complacencia en satisfacer los deseos del orador.

Así, con el mayor descaro del mundo, el esposo infame le sacaba doscientos dólares a la pobre esposa.

Después de la Junta, Daniel, que se guardó de asistir a ella, pues temía al aburrimiento como al dolor de muelas, estuvo muy afable con su madre:

—Mamá, debes estar harta de educación

científica... ¿Quieres que te lleve a dar un paseo por el río? Vendré a buscarte dentro de media hora.

—Muchas gracias, hijo mío. Muy gustosa te acompañaré.

Conway tomó por su cuenta a Daniel, poco después de haber éste hablado con su madre.

—El señor Moon, a quien usted ya conoce, desea presentarle a sus sobrinas, que están en mi casa. Vaya usted; son unas jóvenes encantadoras.

—¿De veras? Vuelo allí, señor Conway. Pero, ahora que me acuerdo... he prometido a mi madre llevarla a dar un paseo por el río.

—¡No sea usted niño, Daniel! Cuando a un hombre le esperan unos buenos *cocktails* y unas deliciosas sonrisas de mujer, no vacila nunca.

—Es cierto que no se debe desaprovechar una ganga...

—¡Pues claro!

—Voy con usted; ya está decidido. Luego, ya veremos...

Marta se paseaba por el parque de su casa, acompañándola su tío, que durante la Junta de la "Obra" estuvo examinando con detención a Conway.

—¿Qué, tío, no te ha fatigado la Junta de la "Obra"?

—Al contrario, sobrina... Sobre todo, el tesorero me ha interesado mucho...

—¿El tesorero, has dicho? ¿Qué tiene de particular ese señor?

—Me parece que es un personaje que en cualquier presidio sería recibido con los brazos abiertos.

Marta abrió los ojos con inmensa sorpresa, y preguntó:

—¿Qué quieres decir, tío?

—Simplemente, que no me inspira confianza ese sujeto y que voy a vigilarlo estrechamente.

¡Júzguese del rudo golpe que recibió Marta en su noble pecho al oír cómo los demás calificaban a su esposo, al padre de sus hijos, y del esfuerzo que hubo de hacer para guardar el secreto de su vida!

Peligroso sería que el tío cumpliera lo que decía, y desenmascarase a Conway, descubriéndose su verdadera personalidad, y, dispuesta a evitarlo, supo, hábilmente, disuadirlo de su intento.

—Pero... ten en cuenta, tío, que ese hombre está en el círculo de mis amistades...

—A veces, Marta mía, no se pueden elegir los amigos... Entre nosotros, ¿lo crees de veras un hombre honrado?

La pregunta desconcertó un poco a Marta, mas, rehaciéndose en el acto, replicó:

—Es un poco excéntrico; hace cosas que quizá no estén bien del todo..., pero te lo suplico, tío, no te ocupes de él.

—¡Tú no quieres que yo le quite la máscara, porque temes que hable!

—¡Por Dios, tío!

—¡Qué buena, qué santa eres, Marta!

—¿Qué es lo que has adivinado?

—Ese Conway sabe algún secreto no muy limpio de tu marido y lo explota... y tú no sabes qué hacer para que el ídolo que construiste para tus hijos no se caiga al suelo, roto en mil pedazos.

Marta bajó sus húmedos ojos al suelo, y su mutismo afirmó al tío en sus apuntadas sospechas.

\*  
\*  
\*

En el chalet de Conway, Daniel, su hijo, y Moon, su mujer y sus sobrinas, se divertían a su manera.

No escaseaba el licor, ni tampoco la *sans-façon* de las muchachas, que se hacían la competencia en conquistar a Daniel, que era joven, agradable, y tenía una mamá con "pasta".

El muchacho se encontraba perfectamente en aquel ambiente frívolo, seducido por los encantos, algunos a la vista, de las parientas del pájaro de cuenta amigo de Conway, y éste, creyendo llegado el momento de apoderar-

se de su hijo, le hizo la siguiente proposición, que tenía un interesado fin para él:

—¿Qué le parece a usted si nos tomásemos quince días de vacaciones y nos fuésemos a París, a correr una juerga prolongada?

—¿Eso me lo dice usted a mí?



*El muchacho se encontraba perfectamente en aquel ambiente frívolo...*

—Sí, a usted. Podríamos ir usted, yo, Moon, su esposa y sus dos sobrinas.

—Ya me gustaría... ¡cómo no!..., pero el caso lamentable es que no dispongo de dinero.

—No se preocupe usted por eso. Usted es mi invitado.

—¿De veras? Desde luego, tan pronto como yo pueda, corresponderé a usted como se merece.

—No hay más que hablar. Está usted completamente decidido a acompañarnos; ¿no es cierto?

—Sí, señor Conway; y puesto que es usted tan amable, complete el favor hablando a mi madre por mí.. A mí me podría negar la autorización para irme a París...; pero a usted es probable que no se la pueda negar, ya que no veo cómo justificaría su negativa.

—Si no es más que eso... no tardo ni diez minutos en volver de casa de su madre con la contestación que usted desea.

—Le esperaré ansiosamente.

—No me detengo. Hasta luego.

Rápidamente la lancha de Conway abordó la orilla al pie de la mansión de Marta.

Sir Fenwick acababa de separarse de su sobrina, ofreciéndose incondicionalmente a ayudarla, caso de necesitar, alguna vez, una mano amiga, y se hallaba junto al borde del río, tropezando allí con el caballo acuático del inquieto León. Malhumorado por la influencia que Conway ejercía en Marta aprovechándose del supuesto secreto que explotaba, el buen hombre dió al juguete marino ese un puntapié que lo hizo rodar unos cuantos metros, y exclamó con cólera:

—¡Me gustaría poder hacer esto a ese capitán Conway!

En aquel instante, como si respondiese a su deseo de verle, Sir Fenwick apercibió a aquél a poca distancia de sí, interceptándole el paso hacia la casa, diciéndole:

—¿Puede usted concederme cinco minutos de conversación? La señora de Craddock me ha hecho el honor de confiarse a mí.

Conway no se inmutó; antes, engreído de la fuerza que respecto a Marta tenía a cambio de respetar el secreto de su fantástica muerte, inquirió:

—¿Las confidencias son completas?

—Sí. Marta me ha dicho que usted estaba en posesión de un secreto del cual se servía contra ella.

—¿Y usted tiene algo que decirme acerca de este asunto?

—No sé si sabe usted, señor, que el Código Penal dispone de uno o varios capítulos para casos como éste.

—Permítame que le conteste, señor, que no es siempre conveniente mezclarse en ciertos asuntos de índole puramente íntima.

—Debo decirle aún, señor, que si usted está dispuesto a vivir correctamente, honradamente, como casi todo el mundo...

—No siga... Tengo ya la suficiente edad para conducirme por mi propio criterio. Además, usted exagera la nota. Yo no soy lo que usted se figura.

—Es que...

—Perdone. He de hablar ahora mismo con

la señora Craddock. Me manda a ella su hijo.

Sir Fenwick murmuró amenazas contra Conway, y como sus pies se encontraron de nuevo al alcance del caballo marino, dió a este pacífico animal otra patada de pronóstico.

Conway, olvidando la entrevista celebrada con el tío de su mujer, presentóse a ésta, cuando ella terminaba de escribir una carta que le concernía.

Al verle, Marta le dió a leer dicha carta, diciéndole:

—Me alegro de tu visita, porque probablemente será la de despedida. Entérate de este escrito.

Conway desdobló, displicentemente, la carta, y se impuso de su contenido, que era el siguiente:

*Día y noche estoy pensando en el final de esta situación insostenible, y he aquí lo que se me ocurre: Puesto que a ti lo único que te interesa es el dinero, yo, si consientes en marcharte lejos de aquí, te daré dinero, mucho dinero, y más tarde, cuando mis hijos estén casados, todo lo que me quede será tuyo.*

*Marta.*

Conway rechazó la proposición que le hacía su mujer, y devolvióle esa carta.

Marta sollozó amargamente, en vista del fracaso de su última esperanza, y Conway, poniéndose galante y meloso, trató de consolarla.

—¿Qué bonita estás cuando lloras, Marta!

Yo también tengo una proposición que hacerte.

—Habla. Di lo que quieres de mí.

—¿Sabes por qué algunas señoras y seño-



—Habla. Di lo que quieres de mí...

ritas de estos alrededores suspiran en secreto? Es que saben que el capitán Conway no puede darles amor... porque todo el amor de que dispone te pertenece.

—¡Daniel! No puedo escucharte sobre este terreno.

—No te sulfures, Marta. Mi proposición es la siguiente: acepta por segundo marido al capitán Conway. El otro, Daniel Craddock, murió definitivamente.

—Es un poco tarde para eso. Lo mejor, créeme, es que te vayas.

—Marta, cuando te casaste conmigo, me querías, ¿verdad?

—Hace veinte años, creía yo que no había en el mundo nadie como tú. Hoy creo lo mismo..., pero de distinta manera...

—Quieres o no quieras, Marta, tú me amas un día y yo te amé..., te amo todavía.

—No me abracés, Daniel. No mientas. No añadas al cinismo la mentira.

—¡Es verdad! Te juro por—iba a decir por mi honor—, te juro por ti que es verdad lo que te digo.

El tono de voz lleno de sinceridad de su esposo turbó a Marta, hasta el extremo de enternecerse su alma, y exclamó:

—¡Si pudiese creer que hay un átomo de sinceridad en tus palabras, yo sería capaz hasta de olvidarlo todo y no pensar más que en la posibilidad de salvarte!

—Sí, Marta, te hablo con el corazón. ¡Mírame, Marta, mírame como me mirabas en otro tiempo!

Conway había clavado sus ojos en los de su esposa, y Marta, vencida por llama que

un día prendió en ella y que a impulso del recuerdo surgía de nuevo avasalladora, preguntó al hombre de quien fué toda:

—Daniel, ¿eres sincero?

Y Conway, al cabo de diez y siete años de olvido, volvió a unir sus labios con los de su



—Daniel, ¿eres sincero?

esposa.

Después de aquella escena de irresistible reconciliación, Marta no acertaba a explicarse cómo había podido olvidar en un instante el largo pasado, pero se resignaba a todo en holocausto a la felicidad de sus hijos.

El timbre del teléfono sacudió su espíritu.

—¿Quién?—preguntó.

—¿Eres tú, mamá?—díjole Daniel desde el otro extremo del hilo.

—Sí, yo soy, hijo mío. ¿Qué quieres?

—¿Está Conway contigo? Dile que vuelva a su casa, que le esperamos.

Marta no pudo menos de recordar que su hijo se olvidaba de su promesa de acompañarla a paseo por el río, para que se distrajera un poco, y ese olvido le inspiró serios temores, cuyos temores fueron confirmados por las sobrinas de Moon que, acercándose al receptor telefónico, sin que Daniel lo pudiera impedir, gritaron, varias veces: “¡Capitán Conway!” “¡Capitán Conway!” “Capitán Conway!”

Indignada, Marta colgó el aparato, dando a presumir a Daniel su disgusto, y encarándose con su marido, que se esforzaba en disimular, le reprobó su villanía desviando del camino recto a Daniel.

—¿De modo que mentías una vez más?

—Es posible, pero no lo sabía... Te juro que me engañaba a mí mismo—respondió Conway.

—¡Y yo, tonta de mí, que he tenido un minuto de fe!... Pero he vuelto a la realidad, y esta vez sí que para siempre. ¿Qué es lo que tratas de hacer con mi hijo?

—Era la última carta de mi juego, en caso de que no quisieras escuchar mi acento de sinceridad. Ahora el hijo ayudará a su padre.

—¿Qué dices?

—Yo me voy lejos de aquí, pero Daniel se vendrá conmigo. Y se quedará a mi lado hasta que aceptes mi proposición de matrimonio.

—¡No! ¡Tú no harás eso!, ¿lo oyes? ¡No lo harás!

—He hablado a Daniel de un viaje a París, y no sabes lo contento que está de acompañarme. Conque, ya ves que mi hijo está de mi parte.

Marta se desesperaba y suplicaba a Conway un poco de piedad, y en medio de su desconcierto se presentó Daniel en el salón, ansioso de conocer la respuesta que su madre le había dado a Conway acerca de ese viaje.

—¿Qué, Conway, ha arreglado usted con mamá los detalles de nuestra partida?

—Sí, Daniel... Su mamá ya sabe que usted ha decidido venirse conmigo.

—Ese viaje por el continente será muy instructivo, mamá. Visitaremos grandes lugares históricos, como París, Monmartre...

—Hijo mío...

—Y la voluminosa señora de Moon nos hará pagar en todas partes exceso de equipaje. ¡Si la vieras, mamá!

—¡Ah!, ¿de modo que irán señoras con ustedes?

—Sí, mamá, la esposa y las dos sobrinas del señor Moon.

Marta midió el peligro que amenazaba a su

hijo, y resolvió protegerle con la fuerza de su cariño.

—Siéntate, Daniel—le dijo—, y escúchame. Me aflige proporcionarte un disgusto, pero te pido que te quedes conmigo.

—¿Por qué, vamos a ver, mamá?



—Me aflige proporcionarte un disgusto, pero te pido que te quedes conmigo.

—Yo no quiero que te vayas con ese hombre.

Sir Fenwick se reunía en aquellos momentos con su sobrina, y, comprendiendo lo que ocurría, intervino en el asunto, aconsejando así

a Daniel, que se rebelaba contra el deseo materno:

—Reflexiona un poco, muchacho. ¿No comprendes que tu madre puede tener una razón secreta y poderosa para rogarte que desistas de ese viaje?

Conway también dijo algo, que hería recto el amor propio de Daniel, que ya se consideraba todo un hombre.

—Evidentemente, Daniel, en esta casa se me considera una compañía peligrosa para un joven de su edad. Lamento que no le dejen venir, y no insisto más.

Estas palabras produjeron en el hijo de Marta el efecto apetecido por su padre, pues he aquí lo que Daniel respondió en un arranque de orgullo:

—¡Yo no consiento que se le insulte aquí, y puesto que en mi casa no se me trata con el respeto que merezco, me voy con usted!

Conway enhestó su cabeza, como los conquistadores clásicos, ufano de derrotar a Marta y a Sir Fenwick.

Pero la sufrida esposa, resuelta a hablar por salvar a su hijo, detuvo a Daniel cuando éste ya tenía un pie fuera del salón.

—Espera, Daniel. Voy a decirte entonces lo que creí que podría callar siempre.

Intrigado por la energía con que se expresó su madre al darle esa orden, Daniel retrocedió hasta ella, pendiente de su declaración.

Conway inició el gesto de impedir que su

esposa hablase, y Sir Fenwick pasó por el dolor de comprender que Daniel iba, por la fuerza de las circunstancias, a recibir un terrible golpe al enterarse del secreto que tan abnegadamente quería Marta conservar.

—Es un hecho que ocurrió hace diez y siete



—Es un hecho que ocurrió hace diez y siete años... Tu padre...

años—prosiguió Marta—. Tu padre...

No le fué posible a Marta continuar el relato de la verdad, pues, providencialmente, abrióse la puerta del salón y Eulalia, la hija menor, sorprendió a todos con su presencia.

—¡Mamá!—exclamó la chiquilla abrazándo-

se febrilmente a Marta—. ¡Tío Enrique! ¡Danielito!

—¿Cómo tú por aquí, hijita?—preguntóle Marta extrañada.

—¡Nos han echado del colegio porque hay sarampión por los alrededores! ¡Vacaciones, mamá! ¡Vacaciones inesperadas!

Conway miraba, atónito, a Eulalia, y Marta, agradeciendo en su interior a ésta el haberle impedido hablar demasiado, la presentó a su padre:

—Mi hija menor, Eulalia. Nació algunos meses después... de la muerte de mi marido.

Conway, pasmado, se alegró de estrechar la delicada mano de la graciosa niña, naciendo en su alma un sentimiento nuevo.

Con Eulalia había llegado otra colegiala, de más edad que ella, a la que presentó a su mamá... como invitada suya:

—Es mi amiga Esther Harding, que estaba interna en el mismo colegio. La he traído aquí, porque sus padres están en el extranjero y no tiene adonde ir.

—Está usted en su casa, señorita—le dijo Marta a la amiga de Eulalia—, y todos procuraremos que su estancia en ella sea lo más agradable posible.

—No lo dude usted, señorita—añadió Daniel, que con Sir Fenwick hizo gala de galantería.

Eulalia, en tanto, platicaba con Conway:

—Mamá me ha escrito en alguna de sus

cartas—pues no me oculta nada—que usted es un antiguo amigo de la casa... ¿Conoció usted a mi padre?

—Nadie lo conoció mejor que yo.

—¡Cuánto me alegro!

—Yo ignoraba su existencia, Eulalia... pero me parece que vamos a ser los mejores amigos del mundo. Si usted quiere, esta noche daremos juntos un paseo por el río y hablaremos... de su padre.

—Con mucho gusto, señor.

\*  
\*\*

Aquella noche, Marta, por primera vez en su vida, sintió la necesidad de desahogar su corazón en un corazón amigo.

Sir Fenwick fué el confidente leal de sus penas.

—Ahora que te lo he dicho todo, tío, me siento con más fuerzas para luchar. Pero, ¿qué voy a hacer?

—Te admiro, mi buena Marta. En un caso como éste, lo mejor es que les digas a tus hijos la verdad.

—¡No podría! ¡No podría! ¡Qué vergüenza para ellos! ¡Saber que su padre no era un héroe sino un canalla; saber que su madre les estuvo mintiendo durante diez y siete años!... Y ahora quiere obligarme a que me case de nuevo con él...

—Es la única manera de seguir conservando ese secreto que está a punto de descubrirse, Marta. Es lamentable, pero así es.

—Sí, sí, debo casarme...; todo antes que mis hijos sepan la verdad.

Mientras, Conway y Eulalia se paseaban por el río, al igual que Margarita y León, la pareja ideal para reñir una vez sí... y otra también.



—Sí, sí, debo casarme...; todo antes que mis hijos sepan la verdad.

—Yo no había previsto su entrada en escena, Eulalia... ¿Sabe lo que representa usted para mí?—le dijo su propio padre.

—No sé...

—Un oasis.

—Un poco de sombra y de frescor en medio del desierto ardiente, ¿no es eso?

—Eso mismo, sí...

Siguió deslizándose la barca sobre las plácidas aguas, deleitándose Conway en la contemplación de su hija, que acababa de conocer.

En otro paraje, Daniel hacía la corte a la amiga de su hermana menor.

—A mí las rubias me gustaban mucho antes de conocerla a usted, señorita Harding. Pero ahora... ahora creo que sólo una morena como usted puede comprender a un hombre como yo.

—No se burle usted de mí.

—Si usted sabe leer en los ojos... los míos no la podrán engañar...

Eulalia, curiosa de oír de un extraño el relato de la heroica hazaña de su padre, preguntó a Conway:

—¿Estaba usted en el "Helianthus" cuando se fué a pique?

—Claro que sí...

—¿Y presencié usted la muerte de mi padre?

¿Qué muerte?—preguntó Conway, desconcertado. Y para evitarse el cometer una torpeza, dejó hablar a Eulalia, limitándose a contestar:

—No... yo estaba... estaba en el otro puente del barco.

—Le contaré la historia... el fiel reflejo de

los hechos... Cuando el buque se hundió, una niña quedó en una de las lanchas, separada de su madre... Cayó la niña al agua, y un hombre se hundió tras ella. Iba decidido a salvarla o a morir... pero en la confusión del salvamento, una lancha se precipitó sobre aquel hombre, cuando ya la niña estaba a salvo... Se le vió luchar un instante por sostenerse, pero pronto desapareció...

Conway se llevó las manos al corazón, y, emocionado, preguntó:

—¿Y quién era ese hombre?

—¡Mi padre!

—¡Su padre!

—...Se le vió un segundo, con la cara ensangrentada por el golpe contra la lancha... Salvó a la niña, pero a costa de su vida.

—¡Admirable! ¿Es su madre de usted quien le contó esa historia?

—Cien veces la oí de sus labios. Y cuando la cuenta, se ve en su cara lo que siente su corazón.

—¿Estará usted orgullosa de tener tal padre, verdad?

—¡Quién lo duda!

La lancha llegó a la orilla, frente a donde se hallaban Marta y su tío. y Conway despidióse de Eulalia, convertido en un hombre nuevo.

—Aquí me separo de usted. Dígale a su mamá que he recibido *noticias muy importantes*

que me obligan a ausentarme, quizá por mucho tiempo.

—Antes de partir, ¿quiere usted poner su firma en mi libro de autógrafos?

—Con gran placer... Tome usted... Capitán Conway... Se lee perfectamente. Me he aplicado mucho.

—Gracias, señor.

—Ahora soy yo quien debe pedirle un favor, Eulalia. Yo tengo una hija de su edad. ¿No querría usted darme un beso como si fuese ella?

—¿Por qué no?

Oyóse el chasquido de varios besos y un hondo suspiro de Conway, que tenía el corazón acongojado.

Marta vió la sentimental escena, e interpretándola erróneamente, pues de todo creía capaz a su marido, se apresuró, de acuerdo con su tío, a separar a su hija de él.

Conway, triste, muy triste, murmuró:

—Marta, quiero decirte algo...

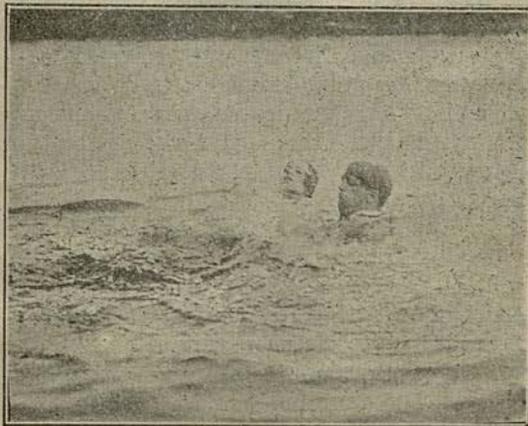
—¿Qué tendrás que decirme tú que no sea para mortificarme?

—Solamente esto: Fuiste la más buena de las esposas y eres la más santa de las madres. Eulalia te dirá mis proyectos. Ella, sin proponérse'lo, ha sido la única persona que me ha hecho avergonzarme de mí mismo.

Marta se sintió inundada de dicha y de amargura a un mismo tiempo, y cuando Conway se alejó, río adentro, sin osar volver el

rostro para que ella no le viera llorar, también vertió quemantes lágrimas.

Eulalia, siguiendo una indicación de su tío Enrique, había entrado en la casa para recoger de ella un abrigo y llevárselo a su madre, y durante su ausencia del jardín, ocurrió un



*...y se zambullió en el agua, hasta dar con el cuerpo de la niña.*

terrible accidente.

He aquí lo que pasó:

Una niña de corta edad jugaba en el río, cuando, de pronto, perdiendo el equilibrio, cayó al agua.

Marta vió a la niña luchando con la muerte, y gritó a Daniel, que aun la podía oír, que la salvase.

Daniel, valeroso, despojóse de su americana, y se zambullió en el agua, hasta dar con el cuerpo de la niña.

La lancha ocupada por León y Margarita acudió en auxilio de Conway y la criatura, pero con tan mala fortuna, que el heroico capitán recibió un golpe tremendo en la cabeza, sin más tiempo, antes de desaparecer, ensangrentado, hacia el fondo del río, que el preciso para salvar a la niña depositándola en la lancha.

Marta lanzó un grito de horror que condensaba toda la amargura de su alma, y quedó anonadada.

León, sin vacilación, se arrojó al agua, tratando, inútilmente, de encontrar el cuerpo de Conway, que pereció.

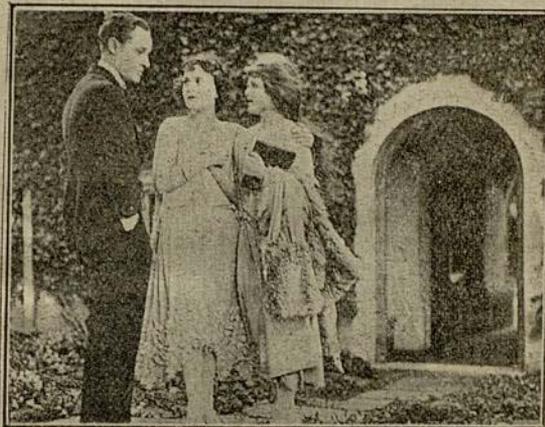
Y Marta, buscando protección en su tío, clamaba, muerta de dolor:

—¡Era verdad! ¡Mi historia era verdad!... Cuando vió a la niña en peligro se arrojó al agua. ¡Salvó a la niña, pero a costa de su vida! ¡Pobre Daniel! ¡Ha muerto como un héroe... tal como yo lo había imaginado! ¡Su vida fué un desastre, pero ha tenido un buen final!

La muerte de Conway llevó la tristeza a todos los corazones, enterándose Eulalia de ella en último lugar, de vuelta de la casa con

el abrigo de su madre, a quien dijo, abrazándola emocionadísima:

—Lo último que hizo ese pobre señor fué firmar en mi libro de autógrafos. Mira su firma. ¡Oh! Y firmó en la hoja en blanco, la que yo guardaba pura porque me parecía leer



*La muerte de Conway llevó la tristeza a todos los corazones, enterándose Eulalia de ella en último lugar...*

en ella la firma de papá.

Marta bendijo esa casualidad, y con íntima satisfacción en medio de su congoja infinita, de su mortal desazón, respondió a su hija:

—Ahora es como si efectivamente leyese la firma de tu padre. Y hoy más que nunca te digo que debes estar orgullosa de él... como yo lo estoy.

Y así murió, para no morir nunca, Daniel Craddock.

FIN

Prohíbi la la reproducción.

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

La grandiosa producción dramática

# INOCENCIA

Creación de la genial estrella

ANNA Q. NILSSON

Asunto interesantísimo

Postal-fotografía-regalo:

RENÉ NAVARRE



LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda  
España :: :: Precio: 25 cts.

## NÚMEROS PUBLICADOS

PRECIOS: { NÚMEROS CORRIENTES: 25 CTS.  
 » EXTRAORDINARIOS 50 »

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El Valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4 La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, 3 edic. 10, El Hábito, 3 edic. 11, Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La Tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17, La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22, Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24, La desconocida, 3 edic. 25, Robin de los bosques, (extra). 3 edic. 26, La Verdad Desnuda, 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28, Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frívolas, 3 edic. 35, Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37, Directo de París, 3 edic. 38, Lo que vale una mujer 3 edic. 39, El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40 La sombra del padre, 3 edic. 41, Maita de Morland, (extra). 3 edic. 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El falsario. 49, De los confines del si-

lencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La rosa de Nueva York, (extra). 2 edic. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 edic. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 58, La Bohème, (extra). 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas, 4 edic. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura, (extra). 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fair. 68, El Secreto del Polichinela (extra). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios, 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa en la Selva, (extra). 102, La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEI. GUIMERÁ). 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puño de Rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El Nido de Amor. 110, La ven-

ganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Pagliacci. 14, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El Ladrón de Bagdad, (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La dama de las Camelias. 121, El Murciélago. 122, El sargento O'Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 14, La muñequita de Francia, 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127, El capricho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan..., (extra). 135, Una flor del camino. 136, La Carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo, (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del Deseo, (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia, la Magnífica. 148, ¡Cuidado, solteros! 149, El pequeño Robinson, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la Humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una Dama enmascarada. 15, ¡Mi tío! 153, La venus de Montmartre. 159, El Aventurero. 160, La gota de sangre (extra). 161, Gentes de Mar. 162, Por el amor y la gloria. 163, El Grumete. 164, El afán de triunfar. 165, Corazones errantes (extra). 166, Honrarás a tu padre. 167, Injusto desprecio. 168, Abandonada en el altar. 169, Las luces del Broadway. 170, Madame Dubarry. 171, Una página en blanco, (extra).

## POSTAL - FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary

Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 9), Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas MacLean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA, (especial). 103, Mildred Harry. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonalld, 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mac Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Philips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, Léon Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, I. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna O'Nilsson. 142, Henri Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix. 145, Vivian Martin, 146, Jean Angelo. 147, Geneviève Félix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al St. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O'Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Chales Jones. 159, Hella Moja. 160, Clide Cook. 161, Baby Peggy. 162, John Gilbert. 163, Natalie Talmadge. 164, Alfonso Cassini. 165, Estelle Taylor. 166, Victor Varconi. 167, Shirley Mason. 168, Conway Tearle. 169, Ethel Gray Terry. 170, Luciano Albertini. 171, Huguette Duflos.